

de celestiales bendiciones que acredite cuánto le agrada al Señor de las alturas el culto tributado á su bienaventurada Esposa. Así sea.

PANEGÍRICO DEL BEATO JUAN BAUTISTA
DE LA SALLE,
FUNDADOR DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

(predicado en la catedral de Bogotá, 1897).

Qui ad iustitiam erudiunt multos, quasi stellae
in perpetuas aeternitates.

Los que adoctrinan á muchos en la justicia,
resplandecerán como estrellas por eternidad de
eternidades.

Dan. 12, 3.

1. *Mira el cielo y cuenta, si puedes, las estrellas que lo pueblan*, decía Dios al Patriarca Abrahán¹, mostrándole en el vasto y hermoso cuadro del estrellado firmamento el número y la nobleza de sus hijos. Los hijos del Padre de los creyentes² son los hijos de la fe, los ciudadanos de la Iglesia de Jesucristo, los pobladores del cielo, morada de Dios y sus escogidos, los santos. ¡Cuántas son, pues, las estrellas fulgentísimas que brillan en el cielo de la Iglesia de Cristo! Allí los Apóstoles, allí los Mártires y Confesores, los Doctores y las Vírgenes, los santos de toda edad y condición, todos, aunque de diversa magnitud é intensidad de brillo, astros lucidísimos de santidad, cada uno de los cuales da su luz, la luz que le es propia, en su respectivo círculo, según el Profeta³; esto es, en el tiempo y estado señalado por el dedo de la Providencia para el bien y la felicidad de los hombres. No hay entre ellos estrellas fugaces, á modo de exhalaciones fosfóricas, como acontece en esta baja región atmosférica, en este falso cielo

¹ Gen. 15, 5.

² Rom. 4, 11.

³ Bar. 3, 34.

de las grandezas humanas, astros que no brillan sino por un momento y con incierto y estéril resplandor, para desaparecer eternamente en el olvido.

2. Mas, aunque este brillo de la verdadera gloria ante Dios y los hombres corresponda, según el modo de hablar de la Escritura, á todos los justos¹ y santos de la Iglesia, no puede dudarse que, conforme á las palabras de mi texto, palabras de verdad eterna, resplandecerán con brillo singular, como estrellas de primera magnitud y de luz indeficiente por eternidad de eternidades, los sabios y doctores que adoctrinaron á muchos en la justicia². ¿Quién, pues, eclipsará el brillo de aquel que, por sí personalmente, y por medio de sus hijos, en el espacio de dos siglos, ha difundido por todas partes la cristiana ilustración, ha enseñado la justicia, por medio de la escuela, á innumerables hombres, á los millares y millones de alumnos que, por toda la redondez de la tierra, frecuentan los planteles y colegios de los Hermanos de las Escuelas Cristianas? ¿quién brillará más que el Beato Juan Bautista de la Salle, á quien hoy tributamos solemnes cultos, autorizados ya por la voz y el ejemplo de la Sede Apostólica? Grande es, amados fieles, superior á todo encomio, la gloria del egregio varón que, siguiendo las huellas nobilísimas de Ignacio de Loyola, Juan de Calasanz, Jerónimo Emiliano y otros varones de esta talla en los últimos tres siglos, consagró su vida, sus bienes, sus talentos, cuanto tuvo y cuanto fué, á educar la desamparada niñez, mayormente de la clase pobre, en el espíritu de inteligencia y de piedad, para formar ciudadanos perfectos, verdaderos cristianos, hombres según la ley del evangelio,

¹ Fulgebunt iusti (Sap. 3, 7).

² Dan. 1. c.

vivas imágenes de Jesucristo. El mundo mismo, aunque frecuentemente injusto y tardío apreciador del mérito de los grandes hombres, no ha podido menos de hacer justicia al insigne bienhechor de la sociedad, al Padre amantísimo de la niñez, al que, como el divino Maestro, pudo decir y aun hoy está diciendo con la voz elocuente de su institución: *Dejad que vengan á mí los niños, porque de éstos es el reino de los cielos*¹. Pero no es el mundo quien puede glorificar dignamente á Juan Bautista, porque no es él quien puede comprender toda la grandeza del mérito del varón santo: Dios en el reino de la gloria, y la Iglesia en este otro reino de Dios sobre la tierra, son los jueces competentes de esta causa. Y si, como es debido, debe juzgarse del autor por su obra, del árbol por sus frutos, según la sentencia del Salvador², para apreciar la grandeza moral del fundador del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, es preciso estudiar su grande obra, no ya solamente á la luz de los principios de la humana sabiduría, sino de los de la fe, única que nos hará reconocer su verdadero origen, su fin, sus medios y sus resultados. La obra del Juan Bautista de la Salle no es la obra de un filántropo, de un eminente pedagogo; es la obra de un santo, que no busca en sus acciones sino la gloria de Dios, que no se apoya sino en la fuerza sobrenatural de la gracia y la virtud de Cristo, que deja obrar á la Providencia, de la cual no se cree sino inútil instrumento. Por eso es precisamente tan grande, tan gloriosa: es la obra de Dios en el hombre y por el hombre. Detengámonos el día de hoy, amados fieles, á contemplar la institución del Beato

¹ Marc. 10, 14. ² Matth. 7, 20.

de la Salle, 1.º en su plan, 2.º en su ejecución, 3.º en sus resultados; con lo cual no podremos menos de admirar y colmar de merecidos elogios al hombre extraordinario cuya beatificación celebramos. Y pues él fué devotísimo de la Madre de Dios, saludémosla, etc. *Ave María.*

3. En la concepción del plan de una obra, sobre todo si ésta es de grandes y colosales proporciones, como la del Beato Juan Bautista de la Salle, entran necesariamente dos factores: la determinada voluntad del fin, y la acertada elección de los medios. ¿Quién ignora cuál fué el objeto final de la institución de las Escuelas Cristianas? Ninguno, ciertamente; á no ser aquel que, cegado por la pasión, se obstina en no ver en las instituciones eminentemente cristianas, como la de nuestro Santo, más que cálculos humanos y designios trazados por la vanidad ó el interés. Dejados aparte estos espíritus fanáticos, el mundo entero reconoce que la idea de la fundación del célebre Instituto no fué otra que la consignada en el artículo primero de las Reglas trazadas, no sin especiales luces del Espíritu Santo, por la mano del ilustre Fundador. Escuchad sus palabras, llenas de sencillez y de unción. «Este Instituto tiene por objeto dar á los niños una educación cristiana; y con tal motivo se han establecido las escuelas, á fin de que, dirigidos los niños desde la mañana hasta la tarde por los maestros, puedan enseñarlos á vivir bien, instruyéndolos en los misterios de nuestra santa religión, inspirándoles las máximas cristianas, para darles así la educación que les conviene.»¹ ¿Lo oís? El Siervo del

¹ Vida del B. Juan Baut. de la Salle, por *Armando Ravelet*, cap. 14. CÁCERES, Sermones. III. 36

Señor fija su atención de preferencia en la educación propiamente dicha, no en la instrucción; no en amueblar, diremos con su biógrafo¹, el cerebro de los niños, sino en formar y adornar su corazón, en hacer de los niños hombres honrados y virtuosos, cristianos, en una palabra. De ahí la necesidad de instruirlos á fondo en los dogmas y máximas de la religión, de inculcarles suave y eficazmente el amor á estas santas y divinas lecciones, únicas que pueden hacer al hombre verdaderamente virtuoso y, por ende, feliz sobre la tierra y más allá. ¡Noble y generosa idea de la educación! Es la única verdadera, porque es la que abraza al hombre entero, la que le reconoce como ser moral, no como una bestia, que también es capaz de adquirir cierto grado de conocimientos, aislados é infecundos. «Vivir bien»: he ahí lo primero que el niño debe aprender, puesto caso que de esta ciencia práctica depende la vida eterna, fin del hombre, criatura de Dios. Sin esta educación, ¿qué bienes podrían esperarse de las escuelas mejor montadas y dirigidas? Se lograría formar hombres repletos de conocimientos; ilustrados, si queréis: pero no se llegaría á formarlos virtuosos, como ya la experiencia lo ha demostrado demasiado claramente en este siglo creador de la llamada escuela laica, esto es, clara ó disfrazadamente irreligiosa y atea. Por esto seguía escribiendo el santo Fundador: «El principal fruto que debe esperarse de la institución de las Escuelas Cristianas, es el prevenir los desórdenes de una educación descuidada ó mal dirigida, é impedir sus malas consecuencias.»² ¿Quién no comprende, como lo veía él mismo, lo importantes y necesarias que son y han sido siempre

¹ Ravelet l. c.² Reglas, op. cit.

estas escuelas? Inútil es insistir en este punto, y así paso á mostraros los medios acordados por el piadoso é inspirado Fundador del Instituto para conseguir el anhelado objeto.

4. El gran medio ideado por el Beato fué la institución de escuelas populares, de escuelas gratuitas para los hijos del pueblo, ya en las ciudades, ya en los campos; pero de escuelas perfectamente establecidas, dotadas por la caridad cristiana, y provistas de hábiles y cumplidos maestros. Tal fué el ideal del varón santo escogido por Dios en fines del siglo XVII para llenar esta gran necesidad universalmente sentida y superior á todos los esfuerzos hasta entonces empleados para satisfacerla. El Beato De la Salle fué, no dudamos afirmarlo con Armando Ravelet¹, mejor dicho, con el mundo entero, el arquitecto á quien Dios encargó la construcción de esta parte del edificio de su Iglesia. La ciencia se derramaba á torrentes por diversas y sabias corporaciones religiosas, auxiliares del clero católico, en cien colegios, academias, seminarios y universidades; pero no sucedía lo mismo con la instrucción elemental y primaria. El pueblo en su mayor parte yacía en la ignorancia por la insuficiencia de las escuelas populares. Ni se diga que éstas existían ya, sostenidas por la caridad de los párrocos, como así era ciertamente, y la historia misma del Bienaventurado La Salle lo atestigua, supuesto que sus primeros establecimientos en París, Reims, Ruan y en todas partes fueron las escuelas parroquiales puestas bajo su dirección. Esto quiere decir que había, como los ha habido siempre en la Iglesia, operarios celosos de la educación, esfuerzos

¹ Op. cit. cap. I.

laudables, múltiples, pero aislados; y más que en los siglos anteriores, á principios del XVIII se experimentaba en todas partes, especialmente en la noble Francia, la necesidad de tener buenas escuelas para los niños del pueblo, y por todas partes buscábanse maestros para regentarlas. El movimiento en este sentido era general y decisivo. ¿Qué hizo, pues, el Beato La Salle? Guiado maravillosamente por la mano de la Providencia, hallóse un día colocado al frente de ese movimiento, como el operario principal del edificio de la enseñanza popular cristiana, como el Fundador del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Él es el primero que reúne en torno suyo á los maestros para vaciarlos, por decirlo así, en un mismo molde, el molde de la perfección evangélica, donde él mismo se ha formado, haciéndose de ilustre canónigo de Reims humilde maestro de primeras letras. Él forma un nuevo instituto religioso con ese objeto exclusivo, el cual, seis años después de su muerte, queda asegurado en la Iglesia por la aprobación de la Sede Apostólica: Juan Bautista de la Salle, para decirlo todo, es el Cristóbal Colón de un nuevo mundo, del mundo de la educación cristiana de las masas¹.

5. Gracias á la organización religiosa del nuevo Instituto, los Hermanos maestros son verdaderos religiosos al par que excelentes pedagogos. Como religiosos profesan la guarda rigurosa de los tres grandes consejos evangélicos, pobreza, castidad y obediencia, á que se obligan con voto formal y perpetuo, pudiendo de este modo elevarse á la más alta cima de la perfección en

¹ Ravelet l. c.

el ejercicio, al parecer indiferente, del magisterio. Para santificar á los maestros supo el prudente Fundador inspirarles el hábito de la abnegación y el sacrificio, que sólo puede infundir en el corazón del hombre el espíritu de fe, que todo lo endereza á Dios, todo se lo atribuye á Él, todo lo ejecuta por móviles sobrenaturales. «Al ejecutar todas las acciones, escribe el Bienaventurado, los Hermanos tendrán presentes las órdenes y voluntad de Dios, y las adorarán en toda ocasión, cuidando de conducirse con arreglo á ellas.»¹ Llenos de este espíritu, los Hermanos Cristianos no podrán menos de educar á sus discípulos en el verdadero espíritu cristiano, esto es, conforme á las reglas y máximas del santo evangelio. Mas no creáis, amados fieles, que de tal modo se ocupen en este objeto principal, que desatiendan ó descuiden el tan exigido por la sociedad moderna, la instrucción. El Beato La Salle ha creado no sólo buenos religiosos, sino hábiles profesores, fundando él mismo la ciencia pedagógica elemental, adiestrando de palabra y por escrito á sus discípulos en el arte de grabar en las tiernas inteligencias de los niños, aun de los más rudos, los primeros elementos del saber, componiendo por su misma mano textos adecuados y manuales que hasta el día ejercen considerable influencia en la civilización. ¿Qué más? Él ha fundado, mucho tiempo antes que los gobiernos, escuelas normales, ó seminarios de maestros seculares, escuelas dominicales para obreros, hasta casas de corrección para niños indóciles y jóvenes incorregibles: ha erigido, pues, la obra monumental de la enseñanza popular.

¹ Reglas, op. cit.

II.

6. Pero ¡ah! ¡qué de esfuerzos titánicos no tuvo que hacer el magnánimo varón para la ejecución del plan divinamente concebido! Para llevar á cabo esta magna obra no bastaba, cristianos oyentes, el ingenio ni la constancia de un hombre; era menester la santidad. Ésta es la que vamos á trazar, siquiera á grandes rasgos, para gloria del Señor y edificación de nuestras almas. Reducidos á los estrechos límites de un discurso, nos valdremos del brillante epílogo del primer historiador del Beato, el canónigo Blain, testigo ocular de sus virtudes. «La vida de Juan Bautista, nos dice, es el evangelio puesto en práctica. Hacer penitencia, negarse á sí mismo, humillarse, crucificarse, vivir de oración y conversación con Dios, mostrarse entre los hombres sólo para dedicarse á salvarlos ó para saborear sus desprecios, escoger con predilección, como blanco de su celo, á los más pobres y desvalidos, sufrirlo todo, ceder á todos, no quejarse en ninguna circunstancia ni darse jamás por ofendido, echarse la culpa y condenarse á sí propio, bendecir á Dios y tomar constantemente la voluntad divina por norma de la suya, amar á sus amigos en Dios y á sus enemigos por Dios; no poner jamás la mira sino en el Sumo Bien, buscando sólo la gloria del Criador y dando de mano á todo lo demás; no tener otra aversión que la del mundo, ni otro odio que el del pecado, ni más temor que el de desagradar á la Majestad suprema; ser movido por el único deseo de imitar á Jesucristo, prendado de la cruz ... ¿no es éste el evangelio? ¿no es ésta la vida del Beato Juan Bautista de la Salle?»¹

¹ Vida del B. Juan Baut. de la Salle, cap. 26.

7. Con efecto, hermanos míos, no fué otra la conducta de este santo sacerdote, á quien Dios igualó en la gloria de las virtudes con los mayores santos¹ de su siglo. Conocéis suficientemente su vida, para que me considere yo dispensado de la necesidad de bosquejarla. En ella habréis admirado desde luego la más pura inocencia, conservada ilesa desde la cuna hasta el sepulcro. Niño muy tierno sirviendo en el altar, resplandecía en su rostro una casta hermosura, y parecía adornado con todos los encantos de los espíritus celestiales que rodean el tabernáculo. Alumno de pocos años en la escuela, reflejaba las virtudes del angélico San Luis Gonzaga, despertando en sus mismos compañeros de estudio el respeto y la simpatía. Á los once años, declarada ya su vocación al sacerdocio, recibe la primera tonsura; á los diez y seis toma posesión de una prebenda en la ilustre catedral de Reims, y los ancianos canónigos de aquella iglesia se consideran dichosos de tenerle en medio de ellos. Prosigue sus estudios, primero en París, luego en su patria, recibe las sagradas órdenes, más adelante es laureado con la borla de Doctor en Teología, y empieza á desplegar el celo y demás virtudes de su estado. Pero todo esto no era más que el preludio de otra perfección; más avanzada. Llamábale Dios, que ya desde entonces habíalo escogido para fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, á un grado de santidad heroica, la cual exigía desde luego un corazón completamente desasido de todas las afecciones de bienes terrenales, posición, fortuna, familia, todo sin reserva alguna.

8. ¿Será preciso renunciar al canonicato, cuyos deberes encuentra ya incompatibles con la misión que le

¹ Cf. Eccli. 45, 2.